

—No; eso sería dar demasiada solemnidad á la entrevista, y el acusado estaría doblemente en guardia; quiero verle sin prevención, en la intimidad.

—Entonces os haré abrir la puerta de su prisión, aunque creo que le encontraréis en el patio que le está reservado; es la hora en que pasea.

—Está bien; le llamaré aparte, y ni aun sus mismos guardianes nos oirán.

VII

—El jefe de Policía, acompañado de un celador que pusieron á sus órdenes, emprendió distinto camino del que había seguido dos meses antes con Jagon. Se internó en el camino de la ronda, enclavado entre el edificio y el muro exterior; pasó por delante del jardín que pertenece al director; atravesó una puerta reservada destinada á la estancia de los sentenciados á muerte y á la enfermería, que por falta de espacio no se ha podido poner en otro sitio de la casa.

El patio en que paseaba Jagon no tenía nada de lúgubre, y, á pesar de su siniestro destino, tenía más de jardín que de patio. Véanse algunos arbustos, dos castaños jóvenes y algunas flores poco lozanas por falta de sol; flores de prisión, pero flores al fin. Alrededor

del patio hay una galería de arcos, destinada á paseo cuando llueve, y en el centro una fuente de piedra de la que corren limpidas aguas.

Cuando el jefe de Policía apareció en el patio, Jagon, que paseaba lentamente, volvió la cabeza y se adelantó al recién llegado, al que dijo con la sonrisa en los labios:

—¿Al fin estáis aquí?... ¡Habéis tardado mucho en venir á verme!

—Mis ocupaciones... y además no sabía si en ello os daría gusto.

—¿Podéis dudarle? No os guardo rencor: vuestro cargo os obligó á prenderme; cumplisteis con vuestro deber y nada más natural. Reconozco desde luego que lo habéis hecho con toda la cortesía que era de desear; no olvidaré nunca el paseo que dimos por las prisiones de París; de nada os ha servido, porque yo soy Jagon, lo mismo que antes, pero me distrajo muy agradablemente.

—Habla mucho—pensó el jefe de Policía;—su palabra es breve, su acento está ligeramente alterado; quizá podré obtener algo de él.

Y, dirigiéndose al sentenciado, le dijo con voz insinuante:

—¿Queréis sentaros aquí, en este banco? Tenemos que hablar.

—¡Hablar con vos! Con muchísimo gusto. Y se dirigieron hacia el banco; los vigilantes de Jagon se alejaron algún tanto.

—¿Qué tenéis que decirme, señor Claude?—dijo familiarmente Jagon.—¿Venís á anunciarme que estoy sentenciado? Lo espero: podéis decírmelo sin temor.

—No tal—repuso el jefe de Policía;—el tribunal no ha fallado aún; pero, ya que apeláis á mi franqueza, os diré que no encuentra motivos para admitir la apelación.

—Mejor: con eso el asunto irá más de prisa: no hay que contar más que con la gracia de indulto.

—Precisamente de esa gracia es de la que venía á hablaros. Si vos hicierais un pequeño esfuerzo...

—¿Qué esfuerzo?—repuso Jagon encendiendo un cigarro.

Su interlocutor tomó un acento persuasivo para exclamar:

—Tenéis un medio de haceros simpático á las personas que han de decidir de vuestra suerte.

—Indicádmelo. No tengo empeño en morir en el cadalso, os lo aseguro; no quiero pasar por más fuerte de lo que soy.

—Cambiad entonces de actitud... renunciad al papel de inocente que habéis desempeñado hasta hoy.

—¡Al papel de inocente!

—Sin duda. Nadie cree en esa inocencia; no es por ese camino por el que habéis de salvaros; más bien os perdonarían si os mostraraís un poco arrepentido, comunicativo...

—Comprendo; queréis que haga confesiones que no he hecho.

—¡Justo!—dijo el jefe de Policía creyéndole ya en camino de convencerse.

—¿Y á mí me lo proponéis?—exclamó Jagon, que de dulce y conciliador tornóse airado

é irónico.—¡Ah, señor Claude! Creí que teniais mejor opinión de mí y de mi inteligencia. Tratar de persuadirme de que me absolverán cuando me haya declarado culpable, es un recurso ridículo.

Se levantó bruscamente, y, parándose delante de su interlocutor y mirándole frente á frente, exclamó con frase enérgica:

—Precisamente porque dudan de mi culpabilidad os envían á vos; no lo neguéis, es ya inútil, lo he adivinado. ¡Y me habláis de interés... de despertar simpatía en mis jueces!... Ellos os envían para poder decir al mundo el día en que me corten la cabeza: *Ya veis si era culpable; él mismo lo ha confesado.*

Se paseó con agitación, y deteniéndose de nuevo exclamó:

—¿Creéis que ignoro lo que pasa en París? Todo el mundo se pregunta: *Ese hombre que va á morir ¿es el verdadero asesino? ¿Qué pruebas hay contra él? Su abrigo manchado de aceite, partículas de tierra encontradas en su chimenea... la declaración de un cochero... las huellas reconocidas en el jardín y sus manos... sus manos que le venden.*

Encogióse de hombros y dijo:

—¡Qué estupidez! Bien conozco mis manos: son largas y huesudas, manos sospechosas. Por lo mismo sería muy necio servirse de ellas para un asesinato. ¡Cualquiera podría ser estrangulador menos yo! Si el tribunal no hubiera sido imbécil, en vez de condenarme por mis manos me hubiera absuelto por ellas.

El jefe de Policía se sentía fascinado. Aquel

29749

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

hombre era sin duda un cómico de primera fuerza que trataba de desorientarle con el acento de una sinceridad admirable.

El acusado seguía con exaltación:

—No, os lo repito, no hay pruebas concluyentes bastante claras para justificar mi sentencia. El tribunal que la dicte se dejará llevar de un juicio apasionado, se dejará fascinar por el abogado general y por las tres mujeres que han jurado mi perdición. Juana Guérin, su amiga y Sofía Blanchard, todas han dicho: *¡Es él!*, y han acabado por convencer á los jueces. Parece imposible que hombres serios se dejen dominar por las impresiones de mujeres nerviosas. Creo que se necesitaría algo más para hacer cortar una cabeza por mano del verdugo.

Merced á un gran esfuerzo de voluntad dominó su agitación, se fué á sentar de nuevo al lado del jefe de Seguridad y le dijo:

—Vos, que sois hombre de razón, que no os alucináis, meditad un instante. ¿Cómo y por qué había de cometer yo un asesinato y un robo? Suponed que he asesinado para robar una cartera llena de valores: ¿qué he hecho de esa famosa cartera? No la habéis encontrado por ninguna parte, digo mal, habéis encontrado tres mil francos de quinientos treinta mil en el domicilio de Blanchard: ¿soy yo quien se los he dado en pago de su complicidad? Corriente; ¿pero que es lo que he hecho de lo demás? ¿Dónde ha ido á parar la cartera y su contenido? ¡Ah! ¡os compadezco á todos! ¡Jueces y abogados, jefes de Policía de París, vuestra

conciencia debe estar menos tranquila que la mía! He aquí lo único que tengo que deciros. Como creo que no era esto lo que habíais venido á buscar, quedad con Dios.

Y se alejó, reuniéndose á sus vigilantes, mientras el Jefe de Policía se quedaba anonadado bajo el peso de la elocuencia del culpable.

VIII

Para salir de la cárcel, el jefe de Policía, en lugar de seguir el camino de la ronda, tomó el más corto, atravesó los talleres y se encontró en el patio grande.

—¿Trabaja Blanchard en este momento?— preguntó al celador que le acompañaba.

—Sí, señor.

—Que venga al momento; tengo que hablarle.

Un instante después, el desgraciado, con el traje de presidiario, entró en el patio. En su rostro pálido y recién afeitado, sus ojos parecían más rasgados aún, y su mirada, ya de suyo expresiva, parecíalo más aquel día.

—He venido, Blanchard—dijo dulcemente el jefe de Policía,—á hacer una última tentativa cerca de vos. Desde que os sentenciaron dependéis ya únicamente de la Administración, bien lo sabéis, y ésta puede diferir cuanto le plazca vuestra partida para Nueva-Caledonia;

puede, además, dulcificar vuestra suerte de mil modos, y para ello no necesitaría más que una cosa... una sola. Ya no tenéis nada que temer; vuestra suerte no puede empeorarse, y más bien podría encontrar algún alivio si consentierais en hacer revelaciones. No nos habléis de vos... habladnos de Jagon. Confesad que le habéis visto cometer el crimen, y os aseguro que vuestra franqueza tendrá su recompensa.

—Reconozco, señor Claude—dijo Blanchard en voz baja,—que mi interés está en serviros; pero no puedo repetir más que lo que he dicho ya. He visto á Jagon por vez primera en el despacho del juez de Instrucción, y por lo tanto ignoro la participación que haya podido tener en un crimen del que supe las primeras noticias por los periódicos.

—¿No tenéis nada más que decir?

—Nada.

—Está bien—dijo el jefe de Policía harto contrariado.

Y ya iba á alejarse, cuando Blanchard dió un paso hacia él.

—¿Queréis algo?—dijo el jefe de Policía, volviéndose.

—Temo únicamente que me guardéis rencor. Me he conducido muy bien desde que estoy aquí, y había obtenido del señor director permiso para ver mañana á mi mujer. ¿No me haréis retirar esa gracia, no es verdad?

El jefe de Policía miró por última vez al preso y dijo:

—No, no; descuidad.

Y se alejó vivamente para ocultar su emo-

ción. La mirada sombría de Blanchard, su pálido rostro, le perseguían á pesar suyo.

A las cuatro de la tarde daba cuenta al procurador general de su poco airosa misión, y al separarse de él dejó escapar estas palabras:

—¡No sé qué pensar, yo tan convencido antes!

—¡Cómo! ¿Dudáis hoy?—dijo vivamente el magistrado.

—No lo sé; mi seguridad vacila. Ó esos hombres son inocentes, ó poseen un valor sin ejemplo.

Cuando el señor Claude partió, el procurador general, solo en su despacho, se paseó con agitación. Sabía que el tribunal había rechazado el recurso de casación y que no restaba más que la gracia de indulto. El jefe del Estado en semejante asunto se guía siempre por el Consejo de Administración de Justicia, y en vista de su opinión firma la sentencia ó la absolución del acusado.

¡Qué responsabilidad tan terrible la del funcionario llamado á decidir en tal asunto!

Un nuevo incidente aumentaba la vacilación de la Justicia. Al día siguiente de aquel en que fué desechado el recurso de Jagon, una persona recomendada del primer secretario de la Embajada de Inglaterra pretendió ver al prefecto de Policía. Era hombre de unos treinta años, de aspecto noble y severo, rostro adornado de patillas rojas y cejas y cabellos del mismo color. Todo en su traje, en su fisonomía, en sus maneras, indicaba la más pura raza inglesa.

—Sentaos —caballero, —dijo el prefecto de Policía, ofreciendo un asiento al recién llegado. —¿Qué me proporciona el honor de veros?

El recién llegado contestó en francés, pero con acento inglés y como expresando con dificultad las palabras:

—Si tenéis la bondad, señor prefecto, de pasar la vista por esa carta, sabréis el objeto de mi visita. Es de mi compatriota y amigo el señor N... Al mismo tiempo os presento una carta cerrada con el sello de la Embajada inglesa.

El prefecto la abrió y decía así:

SEÑOR PREFECTO DE POLICÍA:

Uno de mis amigos, el señor Blackwell, corresponsal del Times, desea penetrar en la celda de un sentenciado á muerte. Creo que otorgáis rara vez estas autorizaciones; pero ved que se trata de un extranjero y que os quedaré vivamente reconocido.

Y la firma del primer secretario de la Embajada estaba perfectamente clara al pie de la carta.

El prefecto reflexionó un instante y dijo:

—Lo que me pedís, caballero, ó más bien lo que me piden en vuestro nombre, es bastante delicado. Hasta hoy no he otorgado permiso alguno de este género... No obstante, quisiera servir á la persona que os recomienda. Expondré vuestro deseo al director de las Pri-

siones del Sena, y él me dirá francamente si puedo otorgaros lo que deseáis.

El inglés se inclinó; el prefecto hizo llamar al director de las Prisiones del Sena, conferenció breves instantes con él y éste dijo al prefecto que no era de opinión que entrasen extraños á visitar á los sentenciados á muerte, pero que debía hacerse alguna excepción con los periodistas extranjeros. Así, pues, otorgaba el permiso que se le pedía.

Cuando partió el director, el prefecto comunicó al caballero inglés la resolución favorable y le entregó una carta para el director de la prisión, exclamando:

—He aquí, caballero, una carta que os abrirá las puertas de la Roquette y la prisión del sentenciado. Me felicito de poderos satisfacer complaciendo á vuestro amigo.

El inglés tomó la carta, dirigió al prefecto algunas frases de reconocimiento, y salió saludando como saludan los ingleses, sólo con la cabeza y sin doblar el cuerpo.

Cuando llegó á la plaza subió en el carruaje que le había llevado, y se hizo conducir á la cárcel, pidiendo ver al sentenciado.

El director, después de leer la carta de su jefe, rogó al señor Blackwell que le siguiera, y tuvo hasta empeño en hacerle pasar por patios y corredores, dormitorios y talleres, conduciéndole á la celda en otro tiempo habitada por el señor Darboy, no sin haberle hecho admirar la escuela, los talleres, la capilla, penetrando por fin en el departamento de los sentenciados á muerte.

En el fondo de un patio, del mismo en que hemos visto á Jagon con el jefe de Policía, veíase hacia un lado, debajo de los arcos y junto á la capilla, una puerta de roble, alta, cerrada con cerraduras de gran tamaño, de esas que monopolizan las cárceles y los presidios. Salvada esta primera puerta se encuentra un pequeño vestíbulo, en el cual se hallan tres celdas para los sentenciados á muerte. La del centro estaba destinada al limosnero cuando tenía que auxiliar á uno de sus penitentes, porque rara vez las tres celdas estaban ocupadas á un mismo tiempo.

El director se hizo abrir la celda de Jagon y penetró en ella con el inglés.

Jagon, que, sentado delante de la mesa, escribía, levantó bruscamente la cabeza, fijó la vista en el recién llegado y se estremeció.

El periodista inglés, fuera que estaba verdaderamente afectado, ó que fingiera estarlo, no se atrevía á entrar en la celda. Jagon, apercibiéndose de su embarazo, dió dos pasos hacia él y dijo bruscamente:

—¿Sois inglés, caballero?

Blackwell pareció reponerse y contestó:

—Sí tal; corresponsal inglés.

—¡Ah!... ¡corresponsal! ¡Es decir, curioso de profesión, y deseáis que os sirva de motivo para un artículo! Pues bien, caballero, mirad cuanto queráis á un sentenciado á muerte y decid á vuestros compatriotas que no tengo nada de particular, que hablo como todo el mundo, que como, bebo, duermo y estoy en este momento más tranquilo que vos.

—¡Cierto! ¡cierto!—balbuceó el periodista.— Confieso que...

—¿Por qué esa emoción?—repuso Jagon mirando al inglés.—Vuestra visita *es de las más naturales... la esperaba. Creía que no me dejarían morir sin fijar en mí la vista, sin vencerse de que soy siempre el mismo, firme en mis resoluciones.

El director creyó deber intervenir.

—Jagon—dijo,—tratad de conservar vuestra calma; no os alteréis.

—No me altero, señor director; vienen á verme, manifiesto mi agradecimiento por tal visita, y para corresponder á ella me muestro tal como soy.

—Os doy gracias á mi vez—dijo el periodista, que recobraba poco á poco su sangre fría,—y al mismo tiempo me permito preguntaros si puedo hacer algo por vos.

—¡Hacer algo por mí! ¡Ya lo creo!—repuso vivamente Jagon.—Podéis tratar de obtener mi perdón por todos los medios que estén á vuestro alcance.

—¡Ah! ¿Me autorizáis?

—¡Ya lo creo que os autorizo! Hago más, os lo ruego. Si debo subir al cadalso, subiré con valor, os lo aseguro; pero preferiría lo contrario. He tratado de sacar partido de la vida, y se siente afición por lo que va á perderse.

—Entonces trataré de hacer algo por vos—dijo el inglés.

—Bien, pero no os comprometáis por mí... en vuestro periódico.

—¡Oh! no temáis... conservaré el anónimo.

—¡Bien, caballero, bien!... Haced todo lo que podáis por mí, y, si obtengo el perdón, me agradará saber que es á vos á quien lo debo.

Después, dirigiéndose al director del establecimiento, exclamó:

—El corresponsal de un periódico inglés es una verdadera potencia y puede ser un gran aliado. La Administración, al permitir que el señor venga á verme, ha probado que se interesa por la suerte de un desgraciado y me autoriza á reclamar su apoyo.

Ninguna de las palabras de Jagon podían despertar sospechas en las personas presentes, y sin embargo, cada una de ellas, acompañada de una mirada que el inglés recogía, debía grabarse fijamente en su memoria. El director encontró que era ya larga la visita y expuso al periodista inglés la conveniencia de retirarse.

—¡Bien, bien! —dijo éste;— permitidme únicamente, antes de dejar á vuestro prisionero, decirle que todos mis esfuerzos se emplearán en conseguir su perdón.

—No lo dudo; leo en vuestra fisonomía que sois sincero —dijo el sentenciado,— como vos podéis leer en la mía que no olvidaré tal servicio, y que es bueno tener aliados en todas partes, aunque sea en la Nueva Caledonia.

Saludó como si fuera él quien debiera retirarse, y tomó asiento otra vez delante de la mesa.

En breve Blackwell dejaba la Roquette, después de pedir mil perdones al director por la molestia que le había causado.

IX

Al día siguiente de esta extraña visita, Juana Guérin recibió un gran sobre sellado, conducido por un mandadero; abrióle y encontró en su fondo otro segundo en el que iban cien billetes de mil francos cada uno, y en una hoja de papel que los envolvía estas palabras: *Restitución de una parte de la suma robada.*

Grande fué el asombro de Juana Guérin, que se dirigió inmediatamente á casa del señor X..., el cual juzgó el asunto bastante importante para ir á dar cuenta de él en seguida al Palacio de Justicia, refiriéndolo al procurador general. En breve la nueva circuló por todo París, haciéndose diversos comentarios. Sin embargo, todo el mundo estuvo de acuerdo en una cosa; en que el culpable tenía remordimientos y quería atenuar de algún modo su crimen.

Al mismo tiempo los periódicos, que ya tomaban la defensa del sentenciado, apresurábase á decir: *El no puede haber hecho esta restitución, puesto que está encerrado y no cuenta con recursos. ¿Quién ha hecho esa restitución? Deber es de la Justicia averiguarlo antes de enviar al cadalso á un hombre.*

La Policía no tenía necesidad de tales conse-

jos. Comprendiendo la gravedad del incidente, entregábase á activas pesquisas, que resultaron inútiles, porque no consiguieron encontrar más que al portador de la misiva, que dió las señas de una persona que se la había entregado en la calle, y á la cual fué imposible descubrir.

Esta restitución, comentada por el público y por la Prensa, dió al asunto tales proporciones, que el presidente del tribunal, interesado por infinitas personas, elevó un informe favorable al sentenciado; el ministro aceptó sus conclusiones, se las presentó al jefe del Estado, y éste, conformándose con el parecer del presidente y del ministro, conmutó la pena de Jagon por la de cadena perpetua.

El jefe de Policía quiso llevar la noticia á Jagon, que tuvo bastante imperio sobre sí para escucharle fríamente.

—Lo esperaba—dijo;—no podía ser otra cosa; no por eso dejo de estaros agradecido, señor Claude: estoy convencido de que nuestra última entrevista hizo alguna impresión en vuestro espíritu, y esta impresión se ha propagado.

—No lo creáis—repuso el funcionario;—confieso que por un momento me sentí indeciso, turbado. ¡Ya se ve!... sois un actor consumado; pero esto fué de muy corta duración, y, sin la restitución de los cien mil francos, nada se hubiera podido hacer por vos.

—¿De qué restitución queréis hablarme?

—Se han remitido á la señorita Guérin cien mil francos, como restitución de parte de la suma robada.

—¡Ah! Eso prueba que el verdadero culpable tiene remordimientos.

—Eso dice todo el mundo... menos yo.

—¿Qué creéis vos?

—Que habéis comprado la vida con esos cien mil francos.

—Continúo sin entenderos. ¿Admitís que he podido enviar dinero desde mi prisión? Tendría que haber llevado mi carta uno de mis carceleros.

—No hay nada de eso. Vos recibis visitas de periodistas ingleses...

—¡Ah!... ¡sí! Aquel caballero que ofreció interesarse por mí. ¿Creéis que es él quien haya enviado los cien mil francos? ¡Pobre señor!... Con razón se dice que los ingleses son espléndidos.

—Si; pero como ese hombre ni es un inglés ni un periodista, para llegar hasta vos presentó una carta del secretario de la Embajada inglesa, y esa carta era falsa.

—¿Qué me decís?—repuso Jagon.—¡Se ha llevado á cabo una falsificación para llegar hasta mí! ¡Lo que puede en los ingleses la curiosidad!

—Decid más bien la complicidad, el temor; todo esto reunido ha hecho inventar la estratagema que os salva... hoy.

—¿Y por qué no publicáis la estratagema que creéis haber descubierto?

—Por no confesar que nos hemos dejado sorprender dejando penetrar hasta vos á uno de vuestros cómplices.

Pocos días después conducían á Jagon con

una buena escolta al Palacio de Justicia, donde le daban lectura de la conmutación de pena.

Los últimos días de Agosto, la verja de la Gran Roquette se abrió para dar paso al carruaje que iba á buscar á los presidiarios para conducirlos al camino de hierro.

Jagon y Blanchard subieron á él, y veinticuatro horas después llegaban á la isla de Ré, donde un vapor del Estado debía conducirlos á Nueva-Caledonia.

X

Cuando recibió en las colonias la carta en que su prima Juana Guérin le comunicaba la infausta nueva, Roberto de Meillant se decidió sin vacilar á partir para Francia.

Su excelente corazón, los arranques caballescres de su carácter y su abnegación natural estaban siempre prontos á auxiliar á cualquiera que le imploraba: era natural que le arrastrasen hacia la huérfana sin familia, sin relaciones, expatriada y sin auxilio de nadie. Juana no era sólo para Roberto una pariente desgraciada; como había adivinado el capitán Guérin, arrastrábala hacia su prima un interés mayor. En vano había disimulado sus sufrimientos al alejarse de ella. Sus pensamientos volaban hacia la pequeña casa del boulevard Bessières donde había pasado tan dulces

momentos. Casa risueña antes, tan fúnebre ahora...

Sentado melancólicamente á la sombra de algún naranjo, con un cigarro en la boca, veía á Juana en su mente corriendo á su encuentro, buscando el medio de agradarle, en toda la esplendidez de la juventud y de la hermosura, con la ingenuidad de la edad primera. Ella le arrastraba el invierno á la casa, el verano al jardín, y, mientras el capitán se ocupaba en sus plantaciones, ellos departían juntos en ese dulce lenguaje que es más bien un rumor que un idioma. ¡Qué razón en aquella joven inteligencia! ¡qué rectitud en el juicio! ¡qué encantadora expresión en la mirada y en la voz! El tiempo lo gasta todo en la vida. La separación y las ocupaciones de Roberto hubieran acabado por borrar tales impresiones si la carta de Juana no hubiera venido á reanimarlas bruscamente. En la emoción que le produjeron aquellas líneas trazadas por su prima, en el dolor que le causara la desgraciada nueva, acabó de comprender lo que él ya sospechaba: que su corazón no era libre; que lo había dejado en Francia en su primer viaje, y que lo que había juzgado una inclinación amistosa era un verdadero amor.

Desde entonces su deber estaba trazado. Huérfano como Juana, debían unirse en una alma sola, reemplazando él al padre que ya no tenía la joven, y ésta la familia que aquél había perdido. Era preciso confesar su amor á Juana y rogarle que compartiese su destino.

Sin embargo, á pesar de su ardiente deseo,

no se emprende un viaje largo sin algunos preparativos, sin algunos arreglos de intereses ó de negocios. Roberto no tenía, como la mayor parte de los jóvenes criollos, una existencia ociosa: propietario de una gran finca, la explotaba por sí y tenía necesidad de tomar ciertas precauciones antes de emprender su viaje.

Mientras la mayor parte de los colonos se quejan de la pereza de los negros, que desde la abolición de la esclavitud se niegan á trabajar, Roberto trataba de estimularlos y vencer la natural inercia de aquella raza. Por la persuasión ganaba su voluntad, y con ella les obligaba á hacer la recolección ó los trabajos de la fábrica; y sabido es que el negro por una copa de ron, la negra por un cintajo vistoso, son capaces de todo, hasta de trabajar, y la fábrica de Meillant fué prosperando de día en día.

Inspirado por sus ideas generosas, no se contentaba con pagar meros jornales; asociaba á su industria á los más hábiles obreros, les creaba cajas de ahorro, jubilaciones y otra porción de cosas no soñadas hasta entonces entre los negros.

Sin embargo, todo esto no hubiera bastado á conquistarle las simpatías de la raza. Los negros son niños grandes sin sentido moral, que se dejan cautivar por el hecho y por la fortuna. Lo que les agrada les domina; la belleza les seduce; Roberto les engalanaba, y sus trabajadores, al escuchar una orden suya, no sabían resistir.

Sin embargo, el joven criollo era el primero

en animarlos con el ejemplo. En el último incendio que destruyó una parte de Pointe-à-Pitre, aunque joven, hizo tantos prodigios, que el gobernador obtuvo para él la cruz de la Legión de Honor. Esa cinta roja aumentó su prestigio entre los negros, gozando en su pequeño reino de las prerrogativas de un semi-dios.

Las grandes situaciones crean los grandes deberes, y los soberanos de un país no se ausentan como los simples particulares. La dirección, la disciplina, la buena administración de la fábrica y de las plantaciones, todo dependía de Roberto Meillant, y su ausencia podía comprometer su fortuna. Lo sabía, y acaso, en lugar de ir, hubiera llamado á Juana á su lado si los negocios de ésta no la hubieran detenido también en Francia.

Decidido, pues, á partir, nombró un gerente que le reemplazase; se despidió de sus numerosos amigos, de su colonia negra, y tomó el pasaje á mitad de Agosto en un paquebot inglés que le transportó á Saint-Thomas, de donde ganó fácilmente el Havre.

XI

Lorenzo y Matilde Simonnet, ó más bien el marqués y la marquesa de R..., les habían precedido unos días á esta ciudad.